

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LX

MADRID, 22 DE OCTUBRE DE 1933

NÚMERO 43

FERNANDO POO O ISLA HERMOSA



Amiguitos míos: Hoy vamos al sur de la isla. El viaje, hecho en un buen día y en lancha, costeanado, o a pie, es encantador, y sugestionada a los amantes de la maravilla fernandina. Yo no sé si vosotros sois buenos marineros, de mí dicen que tengo el espíritu de Nelson, porque me mareo en un charco; de todos modos el viajecito, hecho por mar, no está libre del peligro de estrellarse contra las rocas, el de ser arrastrado por un tornado o el de sufrir el inevitable y terrible mareo; y por tierra, en esta época de lluvias, es casi imposible el vadear los ríos, aguantar los vendavales y resistir tan larga y penosa caminata sin

rendirse de cansancio. Vamos, pues, a la playa, amiguitos; las seis de la mañana; en pocos minutos y sin crepúsculo el atroz rey inunda de luz blanca la Perla Atlántida; a media montaña un mar de nubes blanquísimas se deshace en jirones, huyendo rastreas hacia las barranqueras y cráteres; los rayos solares, quebrándose en los pardos troncos de los gigantescos árboles y en las lisas y grandes hojas de los platanares, producen un efecto fantástico, semejante a una ciudad de cristal. El coloso Kamerun, ya en tierra firme, y debido a la diáfana atmósfera, aparece, tras un canal, imponente y majestuoso, mostrando claramente sus esca-

lones, picachos y enormes quebradas. El mar tranquilísimo es surcado por las caprichosas corrientes, y en las dormidas playas juegan manadas de tiburones.

Todo, pues, anuncia un feliz viaje, si no fuera porque en la cima del Kamerun brilla constantemente el relámpago, y de allá partirá repentinamente el temible tornado.

Bajemos al puerto, amiguitos, entremos en el barco. Este es un pequeño navío, movido a gasolina, de carga y pasaje. Una treintena de negros con mil aspavientos y gritos van ocupando, apretados, unos bancos a los costados y amontonando su sucio y pobrísimo ajuar. Son ellos braceros, batas, camerunes, dualas, etc., recién llegados de sus tierras y tribus, semidesnudos, sucios, mal olientes, en general flojos, cubierto su rostro, pecho espalda y brazos de pintarrajos, quemaduras e incisiones; sus piernas con llagas y huellas de lacras y los pies comidos por las niguas (pulga de tierra), elefantiasis, etc. Miran sin expresión, ni muestra de asombro, ante las cosas del hombre blanco. Ellas son mujeres compradas a sus familiares por 300 ó 400 pesetas, en las tribus del Continente, horrorosamente desfiguradas, sin luz ni vida en sus ojos, escuálidas, con pechos larguísimos y flacos, carne fría y falta de sangre, piernas delgadísimas y la cabeza llena de trencitas o moñitos formando complicados dibujos. ¡Pobres piltrafas del mundo! Luego serán traspasadas por menos precio o abandonadas a su triste suerte. ¡Y son seres con corazón para amar, para ser madres como las vuestras! ¿Verdad, amiguitos, que la vida semisalvaje no tiene tantos encantos?

Sentados, y parece que por temor al mareo, mascan kola (fruta medicinal), "peper" (guindillas diminutas) o fuman estúpidamente ellas y ellos en cachimbas que pasan de boca en boca. A popa ocupamos sitio un "padre" misionero, un botuko (alcalde) buby y vuestro servidor.

Ahora, mirad arriba, sobre el embudo en que nos hallamos, y cubriendo el horizonte visible, avanza rapidísimamente el tornado, un espantoso huracán abate árboles y casuchas, un buque rompe amarras y embarranca en los islotes, y otro antiguo crucero español se tumba dulcemente enseñando sus costillares mohosos. Tras el viento el diluvio, chorros enormes de luz y agua se desgajan de la atmósfera, el agua cae en masa haciendo imposible toda visión a dos metros. Los truenos retumbando por selvas y laderas forman música infernal, prolongándose hasta el infinito. Nuestro barco, al abrigo se tambalea y partimos a la primera señal de bonanza; algunos han renunciado al viaje; marchamos pegados a la costa; la isla entera, envuelta en el ciclón, es una masa oscura. Al doblar una de las puntas de la isla y en corrientes encontradas sufrimos terriblemente, el barco, movido en todas direcciones, no avanza; los negros están amontonados en la pequeña bodega; horas permanezco en cubierta, asido a una barra, por temor a ser lanzado al mar, calado hasta los huesos, tiritando de frío. Mis manos se sueltan, el mareo es horroso y en un esfuerzo supremo ganando un agujero me dejo caer sobre los negros...

"¡San Carlos!", grita el patrón, ayudándome a subir. ¡"Mala suerte, mala suerte!", dice, "ha sido un malísimo viaje, once horas. Pero gracias a Dios." Sí, gracias a Dios, digo.

Después de la tormenta viene la calma. Algo magnífico se presentó a mi vista. El tornado limpió la atmósfera. Estamos en una grande y espléndida bahía, de arenas blancas, aguas limpiísimas y mansas, por fondo altísimas montañas con agudos picachos, formando anfiteatro y todo cubierto por la sin igual flora fernandina. Un "Arco Iris" apoya sus extremos en los del blanco pueblo. Rápidamente viene la noche con tanta belleza y majestad, que el alma sus-

pensa, exclama con David: "Cantadle canción nueva. Gloria y hermosura es su obra."

Unos negros forzudos, tomándonos sobre sus hombros, en el barco nos dejan en tierra al lado de buenos amigos.

Hasta otra. Vuestro,

V. APELLANIR

CUENTO AFRICANO

Adzanumé y su madre

En un país africano vivía una mujer que tenía un gran deseo. Suspiraba por una niña. Como no lograba su deseo, nunca se sentía feliz. Aún en medio de una fiesta exclamaba apenada... ¡Ay si yo tuviese una hija para alegrarse conmigo!

Un día estando recogiendo ñames en su huerto, arrancó uno largo y afilado. "¡Ay!, suspiró, qué hermoso, quien me diera una hija así de bella, qué dichosa sería mi vida." Con gran sorpresa de la desgraciada mujer, el ñame habló así: "¿Si yo me convirtiese en tu hija, no me reprocharías jamás el haber sido solo un ñame?" Llena de ansiedad lo prometió y al momento sus ojos contemplaron la más hermosísima niña, que la colmó de felicidad. Su nombre era Adzanumé y fué utilísima a su madre. Hacía el pan, recogía ñames, y los vendía en el mercado.

Un día tardó en volver a casa más que de costumbre. Su madre, impaciente y al fin colérica, dijo: "¿En dónde estará Adzanumé? En verdad no merece tan hermoso nombre. Es sólo un ñame." Un pájaro que cantaba cerca, oyó tales palabras e inmediatamente voló, posándose en la rama de un árbol bajo el cual Adzanumé se hallaba sentada. El pájaro empezó a cantar así:

"Adzanumé, Adzanumé!

Tu madre no es bondadosa

Dice que eres solo un ñame

¡Que no mereces otro nombre

¡Adzanumé, Adzanumé!

La niña al oírle volvió a su casa llorando. Al verla su madre cubierta en llanto, gritaba: "¡Hija mía, hija mía! ¿Qué te pasa?" Adzanumé contestó:

"¡Oh, madre mía!, ¡madre mía! Me has reprochado ser solo un ñame. Tu has dicho no merezco mi nombre. ¡Oh, madre mía, madre mía!"

Pronunciando estas palabras, emprendió la bella y desolada niña el camino hacia el campo de ñames. Su madre llena de temor, siguóla gritando:

"¡No, Adzanumé! ¡Adzanumé! ¡No lo creas, no lo creas. Tú eres mi hija, mi querida hija Adzanumé!"

Pero era demasiado tarde. Su hijita, cantando despacio y bajito su pequeña canción, convirtióse de nuevo en ñame. Cuando la madre llegó al huerto encontró el hermoso ñame largo y afilado, sin que nada pudiera hacer ni decir para devolverle la hija tan ardientemente deseada y tan inconsiderablemente tratada.

Recogido y traducido por

VÍCTOR APELLANIZ

Misión-Botenós.

Los pájaros

La pajarita doméstica estaba en la jaula; el pájaro libre estaba en el bosque.

Se encontraron un día. El pájaro libre exclamó:

—Amada mía, ven conmigo hasta el bosque.

La pajarita enjaulada contestó:

—Entra conmigo; viviremos juntos en la jaula.

—Detrás de estos barrotes, ¿en dónde encontraría lugar para extender mis alas?

—¡Ay de mí!—respondió la pajarita—. Yo no sabría dónde pararme en el cielo.

El pájaro insistió:

—Ven conmigo; entonaremos los cantos de los bosques profundos.

La pajarita dijo:

—Quédate cerca de mí; te enseñaré un lenguaje sabio.

El pájaro del bosque exclamó:

—No, no; los cantos no se enseñan jamás.

—¡Ay de mí!—sollozó la pajarita enjaulada—. Entonces yo no aprendería los cantos de los bosques profundos.

Los dos se quieren mucho. A través de los barrotes de la jaula se contemplan; pero es en vano su deseo de conocerse. Agitan sus alas en el impulso de su ternura, y cantan:

—Ven, ven conmigo; ven.

El pájaro libre se lamenta:

—¡No es posible! Tengo miedo al encierro de la jaula.

—¡Ay de mí! Mis alas están muertas y no saben volar.

RABINDRANATH TAGORE

Sentido común

Hasta muchos años después de inventados los fósforos, su uso estaba escasamente difundido y aun en las ciudades, no era rara entre los vecinos la antigua costumbre de prestarse una brasa para encender fuego. Cierta vez una niña llamada a la puerta del nuevo inquilino del piso bajo de su casa. Era el vecino un profesor muy ilustra-

do. La niña le pidió que le diera una brasa.

—Con mucho gusto, hijita—díjole el vecino; pero veo que no has traído nada para llevarla. Aguarda un momento. Buscaré algo...

—No hay necesidad, señor—se apresuró a decir la niña—La llevaré en la mano.

—¿Cómo? ¿En la mano?—preguntó sorprendido el vecino.

—Sí.

La niña tomó entonces un poco de ceniza, se la puso en el hueco de la mano y sobre esa ceniza colocó la brasa. En esa forma podía llevar, sin quemarse el carbón ardiente. Dió gracias, y se retiró, mientras el profesor se decía:

—Hace cuarenta años que estudio y no se me había ocurrido una cosa tan sencilla.

(De *La Aurora*. Buenos Aires.)

A mi madre

Loco, una vez, abandoné tu lado y al mundo me lancé tras la divina ilusión del Amor, que en mis ardientes amantes sueños realizar quería.

Busqué el amor por todos los caminos; lo mendigué con alma dolorida de puerta en puerta, y sólo obtuve, sólo, frío en el corazón, y odios y risas.

Seguí, seguí buscando—y nunca, nunca logré encontrarlo—, hasta que un día volví al hogar... Saliste a recibirme, y ¡oh, sorpresa feliz, madre querida!... Vi en tus ojos brillar, eterno y puro, el santo amor con que soñado había.

HEINE.

PRECIOS DE SUSCRIPCION: Por un año: En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00 (25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50.

Librería Nacional y Extranjera, Caballero de Gracia, 60. Madrid.